

Reporte de caso

Trastorno de personalidad depresivo: el sinsentido de la vida

Marco Fierro¹, José Julián Ortegón²

Resumen

Objetivo: Presentar la historia un hombre joven que desde la infancia ha mostrado rasgos de trastorno de personalidad depresiva. *Método:* Reporte de caso. *Resultados y conclusión:* Si bien el trastorno de personalidad depresiva tan sólo figura en el anexo del DSM-IV, ha sido ampliamente discutido en diversas publicaciones. En el presente caso clínico, a partir de la narración en primera persona, se emplea una aproximación de tipo fenomenológico que destaca el ámbito de las vivencias predominantes de alguien con este trastorno de personalidad; las principales son el sinsentido de la vida, el aburrimiento y la sensación de vacío.

Palabras clave: trastornos por estrés postraumático, trastorno depresivo mayor, trastornos de ansiedad.

Title: Depressive Personality Disorder: The Senselessness of Life

Abstract

Objective: To present the story of a young man who has shown depressive personality traits since infancy. *Methods:* Case report. *Results and conclusion:* Even though depressive personality disorder is described only in the annex of DSM-IV, it has been widely discussed in various publications. In this clinical case with a first person narration, a phenomenological approach is used that highlights the environment of the predominant experiences of someone with this personality disorder; namely the senselessness of life, boredom and a sensation of emptiness.

Key words: Post-traumatic stress disorders, major depressive disorder, anxiety disorders.

El listado de los trastornos de personalidad del actual sistema de clasificación de la Asociación de Psiquiatría de Estados Unidos, más conocido como DSM-IV, ha generado gran controversia. Entre sus proble-

.....
¹ Psiquiatra. Profesor de la Universidad del Rosario. Investigador del Centro de Investigaciones del Sistema Nervioso (CISNE).

² Residente de Psiquiatría (segundo año), Universidad del Rosario.

mas se menciona que hay varios trastornos de personalidad que no figuran en él y que un grupo importante de síntomas o rasgos de personalidad se superponen entre los diversos trastornos, haciéndolos poco específicos (1).

Por otro lado, los síntomas enumerados son, en gran parte, de tipo conductual y no hay muchos elementos concernientes a las experiencias de las personas, a pesar de que en su definición de *trastorno de personalidad* se destaca que se trata de un patrón permanente e inflexible no sólo de comportamientos, sino también de experiencias internas.

El concepto *trastorno de personalidad depresivo* ha sido utilizado por varios autores, especialmente de orientación psicoanalítica (2). En la bibliografía psiquiátrica se ha discutido si es posible diferenciarlo de la distimia (3) o si su presencia aumenta el riesgo de desarrollar tanto distimia como depresión mayor (4). Por otra parte, en varios artículos se ha buscado caracterizarlo; se ha visto que se trata de un cuadro clínico estable a través del tiempo (5) y hasta se ha propuesto incluirlo en las clasificaciones vigentes, pues es posible diferenciarlo con cierta claridad del resto de los trastornos de personalidad (6-8).

Es más, se ha diseñado una entrevista estructurada diagnóstica

específica para este trastorno (9). Según el DSM-IV (10), el diagnóstico se basa en la presencia de cinco o más de los siguientes criterios:

1. Estado de ánimo habitual caracterizado por aburrimiento, tristeza, desánimo, infelicidad y desilusión.
2. Concepto de sí mismo está basado en sentimientos de impotencia, inutilidad y baja autoestima.
3. Crítica hacia sí mismo; se acusa y se descalifica.
4. Cavilación constante; tendencia a preocuparse por todo.
5. Negativismo; crítica y propensión a juzgar a los demás.
6. Pesimismo.
7. Propensión a sentir culpa o remordimiento.

La evaluación de la personalidad requiere bastante tiempo. Entrevistas prolongadas abiertas o estructuradas, informes de familiares y amigos y recuento detallado de la historia personal son las herramientas más utilizadas. Todo lo anterior puede dar como resultado la enumeración de una serie de hechos y la descripción detallada de las conductas durante éstos. Sin duda, será de gran provecho lo obtenido por estos medios. Sin embargo, casi siempre quedan por fuera las experiencias privadas, internas, enteramente subjetivas, aquello que las personas sienten, la manera como experimentan los aconteci-

mientos, que provee tantas luces acerca de su psiquismo. Por este motivo, se ha recomendado ampliar los criterios diagnósticos utilizados y prestar mayor atención a la vida mental o experiencia interna de los sujetos (11).

En el presente caso clínico se ha dejado de lado la discusión clínica estrictamente descriptiva de conductas, para dar paso a una aproximación de tipo fenomenológico que puede ser útil en la comprensión de un sujeto con rasgos de personalidad depresivos.

Inicialmente se presenta la narración en primera persona de las vivencias más relevantes de la vida de O. M., el paciente en estudio; luego, éstas se discuten, reuniéndolas alrededor de los temas que afortunada o desgraciadamente dominan la existencia de una persona con esta “manera de ser”, como lo reconoce el escritor rumano Emile Cioran —autor entre, otras obras, de *En las cimas de la desesperación*, *Silogismos de la amargura*, *Del inconveniente de haber nacido* y *Ese maldito yo*—, quien a partir de sus propias experiencias y con el aburrimiento, la soledad, la ironía, la muerte, la tristeza y el absurdo construyó una obra literaria de amplio reconocimiento mundial (12).

La palabra *fenomenología* tiene varias acepciones, ya sea en filosofía o en psiquiatría. En esta última,

con frecuencia se utiliza para referirse a los signos y síntomas. Pero no parece necesario ni útil introducir dicho término con esa acepción cuando existe otro más específico, mejor conocido y, además, usado en diferentes campos médicos, como es *semiología*.

Para los propósitos de este texto, y como lo anota Varela (13), *fenomenología* se refiere a un enfoque que da prioridad a la experiencia; comienza a partir de la naturaleza irreductible de la experiencia consciente y vuelve a ella como un hilo conductor. Se dirige a explorar la manera particular en que cada uno experimenta el mundo, a la forma como se siente consigo mismo, con los demás y con lo que lo rodea. Se trata del abordaje de las experiencias en primera persona y para ello se requieren, precisamente, informes en primera persona.

Narración en primera persona

Realmente no creo que valga la pena contar mi vida. Lo que diré no tiene mejor apelativo que la historia de un aburrido. Mi nombre es O. M. y tengo 23 años. Creer, no creo en nada; apenas estudié hasta décimo grado y me dedico a ver mi vida pasar frente a mis ojos sin encontrar nada significativo. De mis primeros años no recuerdo mucho; mi padre dice que era un niño callado, solitario, al que había que empujar

para que actuara y se inmiscuyera en la vida. Creo que ahí ya se esbozaba mi talante y, tal vez con mi mente aún pura, sin tantos prejuicios, ya entendía que actuar en una vida sin sentido es un sinsentido.

De aquella época lo primero que mi memoria se complace en regalarme es uno de esos instantes aciagos. Sucedió a la edad de seis años; los detalles no son tan nítidos, pero el recuerdo es bueno. Estaba solo, en casa, y quería llegar al final de mi tiempo, así que tomé el amargo trago de creolina que descuidadamente mi madre había dejado en una botella de refresco. ¿Me confundí? Claro que no; o bueno, tal vez sí, pues por razones que todavía no entiendo mi cuerpo se resistió a dejarse morir. En mi familia nadie se enteró; a quién le importaba un mueble más. Eso precisamente era yo: una cosa que rara vez lograba interesar a sus padres.

Mi madre, aunque me quería y aún me quiere, demostraba su amor de manera muy particular. Por un lado, era cariñosa, pero, por otro, mantenía una actitud errática; no era violenta, pero se mostraba grosera, ofensiva, fastidiada por todo, como si cargara con una rabia eterna; de cada dos palabras que pronunciaba, una era vulgar o insultante. Mi padre era un ser ausente, reservado al comunicarse con la familia, dedicado al trabajo, de los que salen antes de que los hijos se le-

vanten y regresan cuando ya se han acostado; un proveedor, nada más. Poco a poco, mis padres empezaron a mostrar su disgusto el uno por el otro, no se toleraban, directa e indirectamente descargaban su frustración en los demás; y en ese Hades casero, la parte más débil de la cadena, el niño, no deja de sentir las culpas que sus padres le adscriben.

No pasaría mucho tiempo antes de emprender otra de mis fallidas empresas. Para entonces contaba con ocho años. Mi padre había salido, yo estaba solo, así que aproveché mi impulso y tomé una de sus corbatas. La amarré a una viga, rodeé mi cuello con ella y me dejé caer. Cuando creí que todo estaba resuelto, la corbata se rompió y sólo dejó como recuerdo una marca en mi cuello de niño. Para colmo de males, me tocó esconderla durante algunas semanas con una bufanda para de esta forma mantener a mis padres ignorantes de lo sucedido y de mis planes.

Unos meses después ellos se separaron. Junto con mi hermana quedamos al cuidado de mi madre, pues mi padre saldría para ya no regresar, salvo en esporádicas visitas en las que cumplía eso sí muy bien su papel de proveedor. Pasó poco tiempo antes de que mi madre se casara de nuevo. Infortunadamente, con el nuevo esposo aprendió a beber, consiguió refinar cada vez más su vocabulario y sus gua-

yabos no hacían sino empeorar su infinita irritabilidad y vulgaridad.

Se preguntarán si un niño puede estudiar en esas condiciones. La respuesta es sí. No era el mejor de mi grupo ni el más popular, pero de alguna manera lo lograba. Cumplidamente asistía a clases. ¿Que si hice amigos? Bueno, los hice. Sentía que los debía ganar en cada momento, creo que de alguna manera buscaba la aceptación que en casa no tenía; quizás trataba de encontrar en los demás el sentido de vivir. En la adolescencia conocí a mi primera y única novia. ¿Un noviazgo? No estoy seguro de si a los quince años puede llamársele así a la relación entre un hombre y una mujer. Por alguna razón, mi talante triste y ensimismado sedujo a una jovencita de mi edad; un buen día ella me envió una carta proponiéndome que fuera su novio. La verdad, poco me interesaba, pero la acepte presionado por el grupo de amigos. La relación fue fugaz, un mes o menos, pues, aunque suene cruel, la niña me era indiferente.

Mi vida prosiguió sin cambios. Me preguntaba con insistencia cómo otros podían soportar el peso de la existencia. Además, eso de que sin estudio no se hace nada en la vida nunca me convenció completamente. Empecé a ausentarme del colegio, simplemente ya no me interesaba. Ni siquiera el dibujo, con el que alguna vez me sentí a gusto

(o eso creo), lograba estimular mi voluntad de salir adelante. Decidí dejar los estudios y buscar otras actividades que me dieran independencia y me ofrecieran perspectivas diferentes, si acaso existían. Empecé la difícil labor de buscar trabajo. No fue nada sencillo, debo reconocerlo; sin embargo, encontré un puesto como vendedor en un almacén de ropa popular. La situación no fue muy buena. Mi entusiasmo no vendía mucho y, ¡claro!, los empleadores empezaron a presionar. Lo que en un principio me pareció tedioso, terminó convirtiéndose en un karma.

En uno de mis interminables viajes del trabajo a casa y viceversa, no lo recuerdo muy bien, me enteré de que necesitaban muchachos como yo en el Ejército para que presantaran el servicio militar. ¿Qué podría ser peor que lo hasta entonces vivido? Decidí alistarme, pues quizá el cambio me hiciera bien y me sacara del aburrimiento que sentía. En el Ejército encontré tranquilidad. No debía pensar, sólo obedecer. En medio de fuertes ejercicios físicos, castigos, incomodidades, por fin descansaba de mis propios pensamientos. El instinto de supervivencia me cegaba, me sacaba de mis tribulaciones; los objetivos eran tan inmediatos, que no había tiempo de reflexionar. Así pasaron los primeros meses.

Al finalizar el entrenamiento básico, alcancé a tener algunos ami-

gos —pocos—, pues exigía cierta exclusividad y me decepcionaba de ellos con una rapidez directamente proporcional al tiempo que me tomaba establecer una relación de confianza. Como poseía cierta habilidad con las computadoras, fui trasladado a trabajar en las oficinas. Allí el tiempo para divagar era abundante, de tal manera que volví al sinsentido: esa sensación que permeaba hasta los más recónditos lugares de mi mente para recordarme lo fútil del día a día. Terminé el servicio militar sin muchos sobresaltos, pues en los últimos meses no era más que un simple oficinista.

Regresé con mi madre y la realidad no hizo más que recordarme su despiadada inmutabilidad. Volvía a lo mismo, pero ahora las cosas parecían empeorar. Mi madre sufría cada vez más por la persistente ausencia de mi padrastro y mi hermana estaba embarazada de un fulano cualquiera. No podía dejar de sentir cierta impotencia. Me propuse escapar de nuevo, salir del hueco en que me aprisionaba la cotidianidad. Decidí volver al Ejército, el único sitio en que había sentido que el peso de la existencia parecía disminuir, como cuando se está sumergido en una alberca.

Sabía que ahora mi labor en la milicia sería diferente, sería un soldado profesional. Mi sueldo aumentaría, pero también el riesgo; viviría más de cerca la violencia, esa que

parece salida de una película de Vietnam. Como lo imaginé, no hubo protestas ni miedos parentales que dificultaran mi decisión. Aunque contaba con algo de experiencia, sabía que las cosas no serían color de rosa. Nuevamente debía recibir entrenamiento, esta vez el consabido y temido curso de contraguerrilla. El cansancio y el dolor se volvieron desesperantes, pero al mismo tiempo se convirtieron en un impulso vital, un soplo que me instaba a seguir; algo muy diferente al tedio de siempre. Correr y marchar a un ritmo extenuante cargando no sé cuantos kilos en la espalda más el fusil en los brazos era la rutina. Pero por fin todo se equilibró. Nuevamente mis amigos fueron pocos pero cercanos, algo así como una familia en camuflado.

Al terminar el entrenamiento empezaría la acción, la incertidumbre del combate, el patrullaje en medio de la selva. Participé sólo en dos combates. En un principio tuve miedo, quizá relacionado con la expectativa de saber que tan sólo en un parpadeo uno puede terminar en una bolsa negra. Estar en peligro hacía que todo en mí se moviera a protegerme, a salvarme, a mantenerme vivo, de manera tal que quedaba arrinconado cualquier otro pensamiento, preocupación o sentimiento. Pero este estado de cosas no tardó mucho en disiparse. Me percaté de que el miedo inicial se debía, sin duda, a la novedad, pues

tras los primeros disparos se desvaneció para dar paso a algo extraño, una especie de desprendimiento de mi propio instinto de supervivencia. Tan sólo tenía que disparar, no había nada que perder. El combate se convirtió, así, en una fuerte emoción, casi excitación. En fin, creo que de esa época me quedó un cierto placer por las emociones fuertes. Debo admitir que en ese entonces por momentos disfruté la vida.

Claro, tampoco se trata de exagerar, no hablo de un tiempo feliz, porque no fue así. La obsesión por la muerte era como una burbuja hermética que me obligaba a respirar siempre el mismo aire, las mismas ideas. Es de suponer que con un arma en las manos hubiera sido más fácil; sin embargo, nunca me atreví. Tal vez lo que llegué a experimentar en esa época le dio algo de sentido a mi existencia. Pero, como siempre, lo que parece ser bueno nunca dura, y con rapidez le llega su final. Me dieron de baja del Ejército junto con el resto de la compañía. Nos acusaron de no haber protegido a unos funcionarios de ser asesinados por los paramilitares. Nunca supe cuál fue el error, mucho menos si nos cobijaba culpa alguna. Todo terminó porque la elección estaba entre la baja o la justicia militar.

Volví el aburrimiento, el nauseabundo sopor de la cotidianidad. Fui a vivir con mi madre a la ciu-

dad adonde se había mudado. Me recibieron muy bien, pero inmediatamente empezó el acoso para que buscara trabajo. En el ambiente sólo se respiraba rabia, discusiones y agresiones, no sólo de mi madre, sino también de mi hermana, quien para entonces se había convertido en su discípulo ejemplar. Las dos estaban solas a cargo de un séquito de niños hambrientos, y, como si fuera poco, tenían que mantenerme a mí. Las cosas no podían ir peor, la vida no podía ser más injusta. No encontraba soluciones, tan sólo me limitaba a ver como el frío monstruo de la pobreza se tragaba a quienes amaba.

Decidí hacer lo que me pareció más acertado: terminar con ese sufrimiento. Salí en la mañana y compré raticida. Volví a casa, ofrecí preparar el almuerzo. Nadie sospechó, pues acostumbraba a colaborar en las tareas domésticas. Disolví el sobre de veneno en el sancocho. Pensaba que hacía lo mejor, pero tenía miedo de ser descubierto, pues sabía que no entenderían la verdadera intención de mis acciones. Todos tomaron del macabro preparado. Sin embargo, no pasó nada. Inmediatamente me di cuenta de que aquello no tenía sentido, me sentí culpable. Me equivoqué —dije mentalmente—, pero aun así temía hacerlo nuevamente. Poco después me marché sin despedirme. Todo iba peor, hasta había intentado matar a mi familia cuando era yo quien quería morir.

Salí rumbo a Bogotá con la meta fija de acabar de una vez por todas con mi historia. Dicen por ahí que la cuarta es la vencida, así que en mi mente había ya configurado cierto plan que me llevaría a la meta que desde mi nacimiento llevaba marcada en mí. Inicialmente me alojé en casa de mi padre, junto con su nueva esposa y la hija de ellos. Las condiciones económicas eran mejores, pero existía cierto celo por parte de la pareja de él. Esperé unos días mientras conseguía el dinero que me permitiera llevar a cabo mi plan. Me sentía cada vez más solo, y la compañía de mi padre, en lugar de atenuarlo, reforzaba ese sentimiento.

Llegado el día, me marché rumbo a una pensión barata en la que me alquilaron una habitación sin preguntar nada más que mi nombre. Me instalé, di un paseo, compré un bisturí y un frasco de raticida. Me encerré y bebí una buena dosis del segundo; esta vez no quería fallar. Para asegurarme, tomé el bisturí, lo extendí y corté mis brazos. Finalmente conseguí que brotara sangre, pensé que lo había logrado. Quedé inconsciente.

Cuál no sería mi sorpresa cuando un día después desperté en un hospital. Según me contaron, la dueña de la pensión se preocupó al no ver salir a uno de sus clientes y llamó a la Policía. Forzaron la puerta y me encontraron rodeado de un

charco de sangre. Es cierto, los planes no me salen nunca, pero guardo la esperanza de que finalmente resulten. Sé que su trabajo es ayudarme, borrar de mi mente toda la inmensidad de mi aburrimiento, pero tengo mis reservas...

Discusión

Las experiencias y los temas que dominan la vida de alguien con trastorno de personalidad depresivo aparecen tempranamente en cuanto a edad y, por lo general, se mantienen a lo largo del tiempo. Casi nunca se presenta alguno de ellos por separado, pero cuando están juntos pocas veces es posible diferenciarlos y establecer claramente sus límites. Al contrario, se entrelazan hasta el punto de volverse uno solo. El sinsentido, la soledad, la muerte, lo absurdo, el vacío, el aburrimiento y la desesperanza se vuelven una compañía cercana y dolorosa; se convierten, a la vez, en el tinte que se antepone y en el telón de fondo de todo proyecto o actividad.

Nótese que la tristeza no figura en esta lista. Ella es más propia de las pérdidas afectivas, y en clínica se observa predominantemente en la depresión mayor y la distimia. Una situación muy diferente se da en la personalidad depresiva: cuando no hay mucho que perder ni ganar y aún así se tiene que seguir

viviendo, la tristeza deja su lugar al aburrimiento y a la desesperanza.

El sinsentido de la vida

Quizá hablar del sentido de la vida parezca superfluo. Muchos dirán que no hay nada que pueda llamarse de esa manera. Sin embargo, al menos entre los occidentales de los últimos siglos, dicho asunto ha sido de la mayor importancia. En clínica, el sentido de la vida se constituye en un tema relevante para ciertos teóricos, especialmente aquellos que trabajan en psicoterapias con tinte existencial. Irvin Yalom (14) lo considera uno de los temas centrales de su trabajo terapéutico. Según él, entre las tareas principales de cualquier persona está inventar un sentido lo suficientemente fuerte como para sostener la vida al tiempo que, mediante una maniobra tramposa, se niega la autoría personal de éste. Al actuar así se llega a la conclusión de que estaba “ahí afuera” esperando que lo descubriéramos. Afirma, así mismo, que le buscamos sentido a la vida porque hemos sido arrojados en un mundo desprovisto de significado intrínseco. Sin embargo, dicha búsqueda puede también acarrear algunas trampas: la imposibilidad de encontrarlo, el desencanto ante la superficialidad o lo pasajero de un sentido previamente considerado firme, la fluctuación de una forma de vida a otra en un intento continuo por atraparlo, etc.

En opinión de Yalom, son muchos más los pacientes que acuden a terapia por preocupaciones acerca del sentido de la vida de lo que creen los terapeutas. No es raro escuchar “mi vida es vacía”, “nada justifica el mundo ni mi presencia en él”, “no le hallo razón al ciclo de estudiar, trabajar, casarse, tener hijos...”, “siempre estoy en lo mismo; siento que he perdido el tiempo y la vida no cambia”, “nunca dejo de preguntarme para qué”.

En los pacientes con personalidad depresiva la falta de sentido de la vida es un tema de primer orden, pero ocupa un lugar remoto en los maníacos y en quienes tienen rasgos narcisistas de personalidad. Estos últimos suelen despachar el interrogante tratándolo como una pregunta propia de ciertos soñadores y de unos cuantos “despistados”, pero cuyo papel no es distinto de alejarlos de los asuntos importantes de la vida, como ganar dinero o prestigio.

Mencionar el sinsentido de la vida es la manera más sencilla y entendible de caracterizar la principal experiencia de quien padece un trastorno de personalidad depresivo, de ahí que se utilice como eje explicativo de las demás experiencias. Todo lo que ocurre en su vida carece de sentido. La existencia no posee fundamento alguno, no hay nada que la justifique. Lo único que encuentra es el absurdo que rodea

cada una de las acciones propias y las de los demás.

Asociados con esta experiencia, y prácticamente indistinguibles de ella, figuran el aburrimiento y la sensación de vacío. El aburrimiento o, como lo llama O. M., el nauseabundo sopor de la cotidianidad, invade el día a día. La vida no es sino una repetición de lo mismo y nada de lo que suceda la volverá atractiva. Es vivir prisionero en un mundo donde no se encuentran razones para seguir adelante.

La existencia es vacía, nada en ella es genuino, todo se desvanece tan pronto se hace el primer intento por atraparlo. Luego no es posible aferrarse a algo y darle valor; hacerlo es engañarse. A partir de esta premisa, para quien sufre un trastorno de personalidad depresivo tampoco es entendible la actitud de los demás cuando se regocijan por algo; se trate de un objeto, una actividad o un cargo. Su disfrute es un engaño que se hacen a sí mismos, en el mejor de los casos, y algo tonto y forzado la mayoría de las veces. En realidad, los otros no se han dado cuenta de que ese mundo que tanto añoran es un fraude.

La experiencia del sinsentido aparece tempranamente en la vida de quien luego presentará un trastorno de personalidad depresivo. En O. M. se remonta a la época en que empieza a tener recuerdos claros,

quizás los seis o siete años de edad. Lo acompaña con frecuencia a medida que pasa el tiempo, siendo constante en algunas temporadas. Sin embargo, a pesar de la fuerza con que se impone, casi nunca triunfa completamente; siempre hay un lugar, por pequeño que sea, para interesarse y esforzarse en encontrar algo o alguien que traiga el tan anhelado sentido. O. M. lo buscó en los amigos y en la aceptación que pudiera obtener de ellos; también en la vinculación al Ejército, donde tendría actividades diferentes de las que había realizado. Y no ha renunciado del todo a toparse con el sentido de la vida, así sea como producto de la casualidad.

La búsqueda de lo novedoso es una de las tendencias que hacen parte de la herencia biológica de los seres humanos. A veces es tan intensa, que no da tiempo de disfrutar lo que ya se ha alcanzado, pues la inquietud constante por emprender una nueva búsqueda desplaza a un lugar secundario el punto al final del camino. Contrario a esto, alguien con trastorno de personalidad depresivo no sólo es capaz de comenzar actividades, inmiscuirse en empresas, sino de mantenerse en ellas por largo tiempo. Parece que aunque no está a gusto, tampoco hay algo que lo moleste de forma notoria. Puede iniciar el estudio de una carrera y ser buen estudiante, desempeñar a cabalidad un empleo o llevar durante largos años un matrimonio.

Sin embargo, en todo lo que hace hay una constante: el atractivo inicial, más temprano que tarde, da lugar al tedio; un paso irreversible, pues de ahí en adelante sentirá que es forzado y totalmente artificial intentar siquiera entusiasmarse por algo que es tan aburrido como todo lo que hasta ahora ha encontrado. Dirá que el interés mostrado al comienzo, si lo hubo, fue producto de una creencia equivocada, corregida al darse cuenta de que tras el ilusorio telón de la novedad estaba el aburrimiento.

O. M. no tenía problemas en su rendimiento escolar, pero abandonó los estudios cuando vio —según él— que estudiar no servía para ningún propósito; en el trabajo de vendedor no lograba cumplir ni siquiera con la cuota mínima, y su labor se le convirtió en una dolorosa obligación; miraba con indiferencia a su novia, de quien nunca se enamoró; se decepcionaba de los amigos con una rapidez directamente proporcional al tiempo que le tomaba lograr una relación de confianza con ellos. Claro está, no hay que olvidar otros factores de tipo socioeconómico que pudieron facilitar algunas de sus decisiones. En el entorno en que vive es frecuente que un adolescente vea más promisorio buscar un trabajo que emplear años en aprender algo que no cambiará sus oportunidades de empleo.

Desde la infancia, quien padece un trastorno de personalidad

depresivo se siente solo, distanciado de los demás. Son niños descritos como poco comunicativos, con tendencia a estar callados frente a los otros. Este sentimiento de soledad se hace presente aunque se viva en medio de familias capaces de proveer adecuado apoyo emocional y se cuente con personas genuinamente interesadas en brindar su amistad. Ahora bien, si de las personas emocionalmente importantes se reciben demostraciones claras de desinterés, discriminación o rechazo, el sentimiento se alimentará de esas actitudes y comportamientos; se fortalecerá y se mantendrá a lo largo del tiempo, como en el caso de O. M. Si su padre tendía a ser distante, y su madre, errática y agresiva, como los describe, dichos patrones de conducta no hicieron otra cosa que ratificar su experiencia de aislamiento y soledad. Es más, O. M. destaca que las culpas que habitualmente los padres utilizan como un medio para modificar la conducta de sus hijos fueron experimentadas por él con más fuerza durante su infancia. En estas circunstancias, el niño da más credibilidad a las acusaciones, se siente responsable con facilidad y se ve a sí mismo incapaz de realizar una reparación efectiva.

Las acciones

El sinsentido, el aburrimiento y la experiencia de vacío llevan a

contemplar opciones de vida que de otra manera poco se considerarían. Se ve con buenos ojos el convertirse en religioso y servir a los otros, buscar profesiones de elevado riesgo, alistarse como voluntario en una guerra en la que es posible llegar a ser héroe o encontrar la muerte. O. M. optó por la tercera e ingresó al Ejército. Como él mismo lo admite, el peligro que lo acechaba y la necesidad de protegerse hicieron que durante algún tiempo sus experiencias de vacío y aburrimiento aminoraran; pero una vez aprendió a manejar el difícil medio de la guerra, volvieron a tomar fuerza dichas experiencias. Es como si estuvieran a la espera de que se acostumbrara a la nueva situación para retornar a su vida.

Sobrevivir se impone ante el vacío y el aburrimiento, aunque la persona no lo quiera. Mientras el riesgo al que se está expuesto sea grande, enfrentarlo es una prioridad; pero cuando disminuye o cuando sobreviene la adaptación a vivir en una situación peligrosa, la señal de advertencia se vuelve débil y termina por favorecer la reaparición de las características de personalidad de siempre. En O. M. es claro que el miedo inicial finalmente desapareció. Como no tenía nada que perder, se arriesgaba, jugaba con el peligro. El combate se convirtió en una fuente de emociones agradables sin importar lo que pudiera pasar. Fue una novedad que

disfrutó y hasta alcanzó a ofrecerle, en su momento, algo de sentido a su vida, como él lo reconoce.

El porvenir está matizado de desesperanza. O. M. lo resume bastante bien cuando dice que sobresalir a partir de las limitaciones sociales y económicas de su familia es prácticamente imposible. Si se destaca será por un evento trágico que lo haga aparecer en las páginas judiciales de algún periódico. Esto mismo hace que las dificultades y el sufrimiento de los demás se perciban con mayor facilidad. Cuando O. M. vio que parte de su familia se encontraba en la pobreza y no tenían dinero suficiente para garantizar al menos los alimentos, pensó que ellos también estarían desesperanzados y aburridos como él. Así que les haría un favor al ayudarlos a morir.

En medio del sinsentido de la vida, la posibilidad de la muerte se vuelve atractiva. Las ideas de muerte, y también las de suicidio, no son ajenas ni extrañas, incluso se acompañan de intentos suicidas. En ocasiones, se discute si los recuerdos acerca de estos temas son verdaderos o corresponden a fantasías elaboradas posteriormente. Aunque una buena cantidad de veces sólo se cuenta con el recuerdo del paciente, sin ningún relato de un tercero que lo confirme, se puede afirmar que respecto a hechos tan poco frecuentes e intensos emocional-

mente, los estudios muestran que los niños guardan buenos recuerdos. El aburrimiento ha acompañado y acompañará a O. M. El sinsentido de la vida continuará haciendo que contemple la muerte como una buena opción y probablemente intente suicidarse más de una vez en lo venidero.

Aquí se ha presentado un caso prototípico, un hombre joven que desde muy temprano ha experimentado la soledad, la desesperanza, el aburrimiento y, especialmente, el sinsentido de todo cuanto ha acaecido en su vida. Sin embargo, en muchas personas el cuadro clínico no es tan claro, pues las experiencias son menos intensas, no se presentan con tanta frecuencia o se hallan matizadas por otros rasgos de personalidad. Por ejemplo, aunque por lo general no le encuentre sentido a mantener una relación afectiva, la persona puede enamorarse y sufrir por ello.

Finalmente, en cuanto al tratamiento, no se puede olvidar que la psicoterapia y cualquier otra modalidad terapéutica serán evaluadas por el paciente de la misma manera que lo han sido el estudio, el trabajo, las amistades o los vínculos afectivos. La falta de sentido, el aburrimiento y especialmente la desesperanza irrumpen y hacen difícil el mantenimiento de la relación terapéutica. Quien tiene una personalidad depresiva empieza a pensar que

ninguna persona es capaz de entenderlo y, menos aún, de ayudarlo a sentirse mejor. El abandono del tratamiento es una consecuencia inmediata frecuente.

O. M. le dice al terapeuta que su trabajo es borrar de su mente toda la inmensidad del aburrimiento que lo aprisiona. Qué ciclópea tarea le asigna. Ojalá alguien, llámese terapeuta, chamán, alquimista, etc., tuviera esos alcances y pudiera lograrlo. ¿Cómo hacer para cambiar por completo la manera en que él experimenta el mundo, a los demás y a sí mismo? Quizá no sea la mejor vía dirigirse directamente al sentido de la existencia, pues esa pregunta, según Buda, no es en sí misma constructiva. Es preferible sumergirse en el río de la vida y dejar que la pregunta se pierda como un tronco a la deriva.

Bibliografía

1. Huprich SK, Smith M. Psychometric evaluation of the depressive personality disorder inventory. *J Personal Disord.* 2002;16:255-69.
2. Kernberg O. Trastornos graves de la personalidad. 9 ed. México: El manual Moderno; 1999.
3. Ryder AG, Bagby RM, Dion KL. Chronic, low-grade depression in a nonclinical sample: depressive personality or dysthymia? *J Personal Disord.* 2001;15:84-93.
4. Kwon JS, Kim YM, Chang CG, Park BJ, Kim L, Yoon DJ, et al. Three-year follow-up of women with the sole diagnosis of depressive personality disorder: subsequent development of dysthymia and

- major depression. *Am J Psychiatry*. 2000;157:1966-72.
5. Phillips KA, Gunderson JG, Triebwasser J, Kimble CR, Faedda G, Lyoo IK, et al. Reliability and validity of depressive personality disorder. *Am J Psychiatry*. 1998;155:1044-8.
 6. Huprich SK. Evaluating facet-level predictions and construct validity of depressive personality disorder. *J Personal Disord*. 2003;17:219-232.
 7. Bagby RM, Schuller DR, Marshall MB, Ryder AG. Depressive personality disorder: rates of comorbidity with personality disorders and relations to the five factor model of personality. *J Personal Disord*. 2004;18:542-53.
 8. Ryder AG, Bagby RM. Diagnostic viability of depressive personality disorder: theoretical and conceptual issues. *J Personal Disord*. 1999;13:99-117.
 9. Phillips KA, Gunderson JG, Hirschfeld R, Smith LA. The diagnostic interview for depressive personality. *Am J Psychiatry*. 1994;151:1300-4.
 10. American Psychiatric Association (APA). *Diagnostic and statistical manual of mental disorders*. 4th ed. Washington: American Psychiatric Press; 1994.
 11. Shedler J, Westen, D. Refining personality disorder diagnosis: integrating science and practice. *Am J Psychiatry*. 2004;161:1350-65.
 12. Cioran E. *En las cimas de la desesperación*. Barcelona: Tusquets; 1991.
 13. Varela F. *El fenómeno de la vida*. 2^{da} ed. Santiago de Chile: Dolmen; 2002.
 14. Yalom I. *El don de la terapia*. Buenos Aires: Emecé; 2003.

Recibido para publicación: 13 de marzo de 2005

Aceptado: 25 de octubre de 2005

Correspondencia

Marco Fierro

Cra. 19A No. 106A-52

marcofierro2222@yahoo.com